

De todos modos, el conjunto tan disímil y distinto en sus características indica que todas las filosofías de la estética tienen cabida en la Escuela de Bellas Artes. Un grupo importante sigue las tendencias avanzadas del expresionismo, mas, en general, el Salón está formado por jóvenes que buscan un camino adecuado a sus personales posibilidades dentro de las artes figurativas.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-310ALAR10310>

El arte lírico de Fernando Valenzuela

Una emoción musical, etérea y lírica irisa los cartones de Fernando Valenzuela. En sus obras, el pincel acaricia más que pinta y las manchas dejan sobre la albura del papel la impresión de un temperamento que ha hecho de la eclosión de un poema colorido y sensitivo.

Fernando Valenzuela no busca la consistencia plástica de lo corpóreo. No construye; se limita a subrayar por medio de leves toques la realidad de las cosas. En su arte se insinúa, se canta por medio de un lenguaje estético, afinado e impresionista, la emoción que la naturaleza dejó en su espíritu.

Por eso, su estilo es un modo de sentir, un estado anímico especial, una emoción.

Un arte así concebido desdeña la técnica y propende al impulso sensible y entrañable. Fernando Valenzuela está en el otro extremo de lo táctil. Es decir, del estilo que busca el rigor escultórico y la consistencia plástica. En su obra el cromatismo pone las mejores luces de unas armonías suavizadas por lo musical y esfumado. Sin ser expresionista dramático, el lirismo le lleva a olvidar, a veces, que el arte no vive sólo de sensaciones. Que el arte es, además, una serie de convenciones apoyadas férreamente en la preceptiva, en la gramática pictórica, en los elementos artesanales, rigurosos sostenes de una obra perenne o que aspira a la perennidad.

Fernando Valenzuela se inclina de preferencia hacia el cromatismo frío. Sus gamas se apoyan en los verdes acuosos y en

los azules de bronca sonoridad. Mancha el pintor levemente a base de esa dominante frígida, pero, a veces, un toque audaz de rojo vibrante entona el conjunto y lo enciende en momentáneo fulgor.

El artista habla, pues, un lenguaje limitado, pero bello y expresivo, por cuanto Fernando Valenzuela pinta, más que las cosas, un puñado de sensaciones.

Arturo Lorenzo, pintor español

Una primera mirada a la obra de Arturo Lorenzo nos conduce de inmediato a los valores vernaculares, de entrañable fondo evocador, que anidan en ella. En efecto, la pintura de Arturo Lorenzo es fundamentalmente una pintura que vive de influjos y reminiscencias hispanas.

No ha faltado quien haya visto en estas telas las huellas de un pintor francés como Corot. Sin embargo, este influjo es mínimo. Lo valioso en Lorenzo ha sido la captación de lo esencial español. Es decir, la absoluta asimilación de ese estilo sutil, delicado y puro, que revive con fuerza incontenible en Goya y que es, desde luego, una vuelta a otros momentos culminantes.

En Lorenzo no ha habido sumisión incondicional a fórmulas o recetas de aplicación fría. El ha sabido ir rectamente a la esencia de aquella pintura y realizar un arte, que siendo en cierta medida su continuador—cualquiera que sea el valor que le demos,—es original y hasta cierto punto inédito.

¿Cuáles serán, pues, los valores ibéricos de esta pintura?

En primer lugar la tendencia a dramatizar la plástica por el empleo de tonos fríos y de un cierto tenebrismo conceptual. Lorenzo lleva también lo patológico a los cielos atormentados.

Realiza Lorenzo su entronque con la tradición, también, por medio del manejo sutil de una extensa gama de grises. La lección goyesca está ahí más poderosa que en ningún otro caso.